

¿QUIEN ES MI PROJIMO?

Lucas 10:29 al 37 (lectura ante la congregación)

EL PROJIMO: CLAVE DE LA VIDA ETERNA

Así podríamos llamar este pasaje tan conocido por todos nosotros como *el buen samaritano*. Nuestra idea no es dar una lección moral barata, sino de reactualizar un tema tan importante, puesto que está en juego la vida eterna, por ello consideramos que este asunto amerita verdaderamente que se le dedique tiempo y reflexión.

Más que responder a la pregunta formulada, y entrar en el juego del maestro de la ley, lejos de querer eludir una ocasión tan importante para clarificar las cosas, Jesús prefiere llevarlo a un terreno neutro, y pone en escena personajes cuyo comportamiento y reacciones podrían desencadenar en sus interlocutores la chispa capaz de llevarlos a ver claramente y encontrar un sentido a su pregunta. Como buen pedagogo, Jesús no quiere aportar una respuesta ya hecha, quiere llevar a su interlocutor a encontrar el mismo la respuesta a su propia pregunta. El escenario es muy sencillo.

Hay una persona herida en alguna parte, un hombre privado de sus bienes, de sus capacidades físicas, y casi de su vida. Casualmente por ese camino pasan tres personas. Los dos primeros, tienen la reacción de evitar la responsabilidad de brindar la ayuda. Rechazan acercarse y guardan una distancia prudente. (La miseria de los otros a veces atemoriza).

Por otro lado, ¿no decimos a veces que hombre prevenido vale por dos? No somos nunca lo suficientemente prudentes y además, es tan desagradable sentirse obligado a hacer algo que no queremos, dar de lo nuestro cuando no tenemos ganas, desprendernos de cosas personales... y además, están los inconvenientes que el otro podría acarrearlos en esta situación. Y sin tener tiempo de comprender lo que nos sucede nos encontraríamos de golpe como responsables de un extraño.

En una situación similar a veces diríamos “que macana, ¿por qué tuvo que estar allí? ¿Por qué no se le ocurrió esperar que yo pase o de esconderse y no mostrar que necesitaba ayuda?”. Pero así sucede con la miseria. Esta allí, no se puede esconder, es claramente visible.

Si nos molesta tanto, es que la miseria no es normal. Tampoco es el plan de Dios que compartamos la miseria. Pero si la miseria no es normal, nuestra reacción de huir de ella, nuestra molestia y nuestro deseo espontáneo de querer taparnos la cara, o de dar vuelta la cabeza y los pies para no ver, es también anormal. Podemos dar todas las justificaciones, todas las excusas que nuestra mente encuentre, y no serán menos ciertas que el hecho de que hemos fallado a nuestro deber de hombres y mujeres, hombres y mujeres de Dios creados a su imagen y semejanza.

Nos complacemos a menudo en escondernos detrás de nuestro status social, detrás de nuestros valores, pero el hombre es ante todo, no el defensor de nobles valores sociales o religiosos, sino el portador del proyecto de Dios, que es revelar a Dios como un Dios de amor, de paz, y de alegría. Así, queriendo apurarse en pasar por el costado de la miseria de un individuo, las dos primeras personas de nuestra historia pasaron por alto la oportunidad de revelar a Dios.

Pero el samaritano, aparece como alguien que no rechaza el contacto. Naturalmente es atraído por lo que ve. No se cuestiona nada. No busca saber si es mujer u hombre, si es joven o viejo, no mira tampoco alrededor de él para entender lo que sucedió, si tiene objetos que permiten identificar al herido. Nada... lo que está delante de él no es un herido... no es un cadáver, no es tampoco una fuente de problemas... es un hombre, igual que él, un hombre que necesita una mano en serio. Es todo.

Las grandes personalidades de este mundo, los hacedores de la ley y defensores de esas mismas leyes, son también los que las infringen más abiertamente, más cínicamente, y más impunemente en muchas partes del mundo. Y tampoco se hacen muchas preguntas, porque las preguntas pueden a veces ser un freno a toda forma de acción válida según sus criterios. Para ellos, el prójimo sería más bien "quien es el próximo". Aquí todo es válido. El comportamiento del sacerdote y del levita se puede comparar a ellos, en el intento de elegir entre lo malo y lo peor... Pero al menos se han cuestionado, por lo menos han dudado, por lo menos tienen todavía conciencia de los valores. Pero en realidad elegir entre lo malo y lo peor no es de lo más feliz.

Dejando de lado el conflicto que opone al judío con los samaritanos, conflicto que no interesa ni a Jesús ni a nosotros, lo que caracteriza al samaritano es su espontaneidad y su confianza. Los ladrones podrían estar merodeando en los alrededores listos para intervenir y atacarlo también a él. La atracción de la ganancia fácil podría tenerlos a la sombra, frotándose las manos y diciendo: ¿"quien es el próximo?" (Prójimo).

Finalmente en nuestro escenario, la víctima de la agresión no es interesante en si misma, sino como reveladora de los sentimientos profundos que nos animan como seres humanos. Jesús no puso en escena este relato de esta agresión para suscitar nuestra piedad. En todo caso, casi se podría decir que lo que hicieron los unos y los otros, o lo que no hicieron, no es importante; lo que es importante es su reacción, su manera de tomar posición frente al problema. Es cierto que la reacción de evitar la situación nunca traerá un acercamiento, y que la simpatía, en el sentido de tomar parte del sufrimiento de los otros, traerá naturalmente un acercamiento, un encuentro.

El problema de saber lo que hay que hacer, o la contribución que uno puede aportar estará determinada por este encuentro.

El primer mensaje que se desprende de este escenario podría ser: encuéntrense ustedes primero y después se verá lo que hay que hacer; o bien rechacen todo contacto y se verá lo que hay que hacer.

¿Quién es mi prójimo?

En cierto modo la pregunta que hace el maestro de la ley es ambigua. Puede querer decir, como, a título de que, el maestro de la ley podría decidir quién puede ser o no puede ser mi prójimo, o puede querer decir que deja que Jesús resuelva el problema y no hacerse responsable de él. En resumen, cada uno decide lo que hace o deja que le incumba a Jesús.

¿Es la situación económica, el grado de pobreza, la educación, el status social, la repercusión en los medios, lo que me puede llevar a actuar? ¿O simplemente la situación que tengo enfrente, la persona más accesible a mí vista?

Si seguimos el pensamiento del maestro de la ley, en las relaciones a evitar, el prójimo puede ser alguien que jamás vimos y de quien jamás escuchamos hablar.

Podríamos encontrar cierta hipocresía en nuestra manera de comprender la pregunta del prójimo. En algunos casos, se utiliza la desgracia de los otros como pretexto para hacer publicidad o como medio privilegiado de hacer conocer alguna asociación. Pero si volvemos al ejemplo de Jesús, muy frecuentemente cuando curo a las personas, les recomendó que no lo digan a nadie. Para actuar a veces la gente necesita hacerse famosa pues es la manera de tener adeptos y ser popular, también de conseguir donaciones. A veces también se dramatizan las cosas y se presentan a las víctimas peor de lo que están realmente.

Hoy en día la desgracia de los otros hace a veces la conciencia de algunos. Los pobres muchas veces hacen la felicidad de los ricos, y cuanto más miseria hay, mas beneficios sacan. La cuestión del maestro de la ley en este sentido puede revelar tal vez nuestra profunda hipocresía frente a las víctimas. Por eso es difícil responder a la pregunta quién es mi prójimo.

Dios no nos pide que salvemos al mundo, no nos pide nada imposible, solamente llevar una sonrisa donde hay tristeza, un poco de bienestar donde hay hambre, un poco de paz donde hay tensiones, un poco de humanidad a la gente que está en dificultades.

Fijarnos en el otro, ver al otro, saber que está ahí, ya es un paso hacia la realidad del prójimo.

¿Cuál se mostró como el prójimo del samaritano?

Aquí presenciamos la manera en que Jesús presentó el problema. El no juzga ni condena al maestro de la ley, Jesús pretende solamente saber si comprendió la lección de esta situación. El maestro de la ley, que quería tender una trampa a Jesús, podría recibir este mensaje: "a vivo, vivo

y medio". La respuesta del maestro de la ley a la pregunta ¿"Cual se mostró como el prójimo del samaritano?" fue: "el que tuvo misericordia", y Jesús le dijo; ve tu y haz lo mismo".

La respuesta de Jesús no pretendía dejar al maestro de la ley sin palabras, todo lo contrario, Jesús le volvió a pedir su opinión. Como buen pedagogo, Jesús no respondió la pregunta, ni sugirió la respuesta. Es el propio maestro de la ley quien aporta su definición del prójimo: tener *compasión de alguien*.

El prójimo no es el otro sino uno mismo. Lo que es importante no es la definición de prójimo, no hay un perfil de prójimo perfecto. Lo importante es nuestra actitud, nuestra disposición a ayudar o por lo menos a no perjudicar a los demás. A veces tenemos dificultad en comprender el mensaje de Jesús porque tenemos los ojos puestos en los demás para vigilar sus hechos y sus gestos y olvidamos mirarnos a nosotros mismos.

Como el caso de la mujer adúltera que fue traída a Jesús para que le aplique la ley de Moisés y ahí tampoco Jesús condena a nadie. Solamente escribe en el suelo los pecados de los acusadores para que hagan un pequeño autoanálisis y luego tirar la primera piedra. Jesús no tiene ningún reproche para la mujer adúltera. Solamente le pide que no peque más.

Lo que entendemos en la pregunta de Jesús es que el prójimo no es alguien que tenga un nombre o que responda a un perfil, sino un impulso espontáneo que nos lleva hacia el otro. En otras palabras, no se puede obligar a nadie a hacer nada, y no se puede condenar ni reprochar a alguien que no tenga el gesto que uno espera, aunque la indiferencia sea también censurable.

Si decimos que el hombre es el producto de una sociedad, sus comportamientos están condicionados por el medio en que se formó. Hay culturas que cultivan este impulso altruista y hay culturas que por vivir en condiciones muy difíciles tienen tendencia a desconfiar. Sin embargo y felizmente el hombre tiene un espíritu crítico y de iniciativa, es capaz de rodearse de un caparazón pero tiene también fibras sensibles que le permiten emocionarse. El bien, lo bueno, lo lindo, son sentimientos llenos de humanidad, pero en los momentos difíciles cuando hay decisiones que tomar, el hombre siempre se encuentra solo consigo mismo.

Si volvemos a la pregunta de Jesús: ¿quien se mostró como prójimo? Comprendemos que hay que tener coraje y desafiar prohibiciones, vencer vacilaciones, para estar en condiciones de acercarse al otro. A menudo nos falta la espontaneidad del samaritano. Algunos lo hubiesen tildado de irreflexivo, insensato, imprudente. Porque a veces somos demasiado prudentes y esto nos paraliza. Una vez que decidimos actuar, no hay más nada que hacer.

En el proyecto de Dios para la humanidad, no hay situaciones intermedias. No siempre hay posiciones confortables, pero lo que hagamos o no hagamos lo decidimos nosotros. Y Jesús no nos pide que cambiemos montañas de lugar, sino un simple trozo de pan, un vaso de agua dado a los demás aunque no los conozcamos. En cierto modo, con esto haremos conocer su mensaje de

amor y de paz. Para hacer la obra de Dios no es necesario ser un maestro de la ley, un teólogo. La preocupación de Jesús va mas allá: “cuando venga el hijo del hombre, ¿encontrara fe en la tierra?” Lucas 18:8.

¿Habrá todavía gente que crea que podemos hacer el bien? Nuestra recompensa es que habremos contribuido al avance del reino de Dios, un reino donde la gente esté dispuesta a demostrar bondad los unos hacia los otros.

Conclusión

Concluyendo esta reflexión acerca del prójimo, tomemos la imagen de un niño que juega a la pelota: cuando la tira al aire, cae nuevamente a la tierra y cuando la pelota golpea sobre la tierra, rebota siempre. Así sucede con nuestra relación con Dios. Cuando buscamos a Dios, y queremos que nos ilumine con su Palabra, nos trae siempre a tierra para que pisemos sobre nuestra realidad, y cuando queremos conocer un poco mejor a los hombres, somos enviados siempre hacia Dios. Como todo juego, no podemos jugar bien si no aceptamos sus reglas, es decir, un ir y venir permanente entre Dios y los hombres.

Creados del polvo de la tierra, por inspiración divina, somos la manifestación del proyecto de Dios. En todo momento, en todo lugar, nuestra búsqueda del prójimo debería ser siempre la oportunidad de revelar la imagen de Dios y nuestra semejanza a Dios, es decir, mostrar bondad, no a través de nuestras obras caritativas, tampoco esperando nos agradezcan, sino solamente porque Dios es bueno, y si Dios es bueno, entonces la imagen de Dios que somos, debería ser ¡solamente buena!

Este es el desafío que Dios nos lanza, el problema del prójimo que nos revela. Y ante esta situación nos encontramos delante de un espejo no para mirarnos ni admirarnos, sino para saber cuan capaces somos de reflejar la imagen de Dios nuestro creador.

Si no hacemos nada, ninguna imagen aparecerá. Si hacemos algo, solo por hacer algo, tampoco reflejara el proyecto de Dios.

Jesús nos invita y nos incita a actuar: *Ve y haz tú lo mismo.*